

regularidad la crecida y la disminución de sus aguas, como el curso del sol y de la luna.

»Hay una época fija en que todos los manantiales del universo vienen á pagar á este rey de los ríos el tributo al cual la Providencia del universo los ha sometido respecto á él; y entonces las aguas suben, salen del cauce, y riegan la superficie del Egipto, depositando en ella un limo precioso.

»En esta época ya no existen comunicaciones de población á población sino por medio de barquillas ligeras, las cuales son tan innumerables como las hojas de la palmera.

»Así que llega el momento en que las aguas dejan de ser necesarias para la fertilización del suelo, aquel río vuelve dócilmente á los límites que el destino le ha prescrito, á fin de que se puedan recoger los tesoros que ha dejado en el seno de la tierra.

»Un pueblo protegido por el cielo, y que semejante á las abejas, no parece sino destinado á trabajar para los demás sin sacar ningún fruto de sus penas y trabajos, abre ligeramente las entrañas de la tierra, depositando en ellas las simientes de las cuales espera la prosperidad, con el auxilio de ese bienhechor Ser supremo que hace prosperar y madurar los sembrados; el gérmen se desarrolla, el tallo se levanta y la espiga se forma con el auxilio de un rocío benigno que suple á las lluvias y que conserva el jugo alimenticio de que el suelo se ha saturado.

»Después de la cosecha más abundante, sucede á veces una esterilidad repentina; y así es como, ¡oh príncipe de los fieles! el Egipto ofrece la imagen de un desierto árido y arenoso, de una llanura líquida y argentina, de una laguna cubierta de un limo negro y espeso, de una pradera verde y ondulante, de una era de flores variadísimas, y de un vasto campo lleno de cosechas amarillentas. ¡Bendito sea para siempre el nombre del Creador de tantas maravillas!

»Tres determinaciones contribuyen esencialmente á la prosperidad de Egipto y á la felicidad de sus hijos. La primera es no adoptar ningún proyecto que tienda á aumentar los impuestos; la segunda destinar la tercera parte de las contribuciones al aumento y conservación de los canales, diques y puentes, y la tercera no cobrar el impuesto sino en los mismos productos que la tierra da. Salud.»

Este río que constituye la fortuna de Egipto es también á veces causa de su miseria, pues cuando la inundación no llega á suficiente altu-

ra, sobreviene allí una hambre crudísima; y si la sequía dura muchos años, gran número de labradores no tienen más recurso que perecer de hambre. Los historiadores árabes nos han conservado la relación de una espantosa hambre sobrevénida en el 462 de la hégira (1069 de nuestra era), durante la dominación árabe. Por espacio de cinco años la crecida del Nilo fué insuficiente, y diversas guerras impidieron aportar trigo de otros países; siendo tan grande la penuria, que un huevo costaba 15 francos y un gato 45. Fueron primero devorados los diez mil caballos ó camellos del califa; y un día que el visir iba á la mezquita en una mula, fué derribado de ella y la mula devorada á sus mismas barbas. Ajusticiaron las autoridades á los autores de este atropello, pero la muchedumbre devoró esos cadáveres. Como el hambre continuaba, los habitantes se comían unos á otros; y toda mujer ó criatura que ponía los pies en la calle, era en seguida cogida y devorada viva, á pesar de sus alaridos. Durante mucho tiempo se enseñaba á una mujer que tuvo la suerte de ser arrancada de las manos de los famélicos cuando ya le habían comido una parte del cuerpo, y que tuvo la suerte de sobrevivir á semejante operación.

II

CONQUISTA DE EGIPTO POR LOS ÁRABES

Amrú, lugarteniente del califa Omar, penetró en Egipto el año 18 de la hégira (639 de J.-C.); y ya dijimos cuán hábil fué su conducta con los habitantes. En efecto, dejando á los Egipcios su religión, leyes y usos, no les pidió en cambio de la paz y de la protección que les aseguraba, sino un tributo de 15 francos anuales por cabeza, cuyas condiciones se apresuraron á aceptar; no habiendo más que la población compuesta de Griegos, es decir, los militares, los funcionarios y el clero, que rehusara someterse á los invasores. Refugiáronse pues aquéllos en Alejandría, y sostuvieron un sitio de catorce meses que costó la vida á veintitres mil Arabes.

A pesar de tan importantes pérdidas, Amrú se mostró indulgente con los habitantes de la gran ciudad, y no sólo les evitó todo acto de violencia sino que procuró ganarse su voluntad, escuchando todas sus reclamaciones y procurando satisfacerlas. Mandó reparar los diques y canales, y consagró importantes sumas á gran-

des obras públicas. En cuanto al pretendido incendio de la biblioteca de Alejandría, semejante vandalismo era tan impropio de las costumbres de los Arabes, que cabe preguntarse cómo tan disparatada leyenda ha podido hallar crédito durante tanto tiempo entre muchos escritores formales. No es necesario ya combatir semejante absurdo, después de la completa refuta-

ción que de él se ha hecho en nuestra época. En efecto, ha sido facilísimo demostrar por medio de citas muy claras, que mucho antes de los Arabes, los cristianos habían destruído los libros paganos de Alejandría con el mismo tesón con que habían destruído las estatuas, y por consiguiente que Amrú no quemó ni halló libros que quemar.



Santuario de la mezquita de Tulun

La toma de Alejandría era tan importante para los Arabes como la de Jerusalén, pues no sólo les aseguraba la conquista definitiva de Egipto, sino que ponía en sus manos un abundante manantial de riquezas, y les proporcionaba un sólido punto de apoyo para nuevas conquistas. Nada nos ayudará mejor á comprender la importancia de la toma de Alejandría y la resonancia que tuvo en el mundo, como una indicación, aunque sea breve, de lo que era esta ciudad en la época de la llegada de los Arabes á Egipto.

Desde que Alejandro la fundó 332 años antes de J.-C., hasta su conquista por Amrú, es

decir, durante un período de mil años, Alejandría había sido una de las primeras ciudades del mundo: centro del comercio del Mediterráneo, merecía tenérsela por la segunda ciudad de Oriente; siendo únicamente Constantinopla la que predominaba sobre ella. En tiempo de los Ptolomeos, Alejandría había atraído á los sabios y á los filósofos más renombrados del mundo; y poseía las escuelas y bibliotecas más famosas; sólo que esta prosperidad científica no duró mucho, y cuando los Romanos, capitaneados por César, desembarcaron en ella, 48 años antes de J.-C., hacía ya largo tiempo que la ciudad languidecía.

Bajo el dominio romano, Alejandría tomó nuevos alicios, llegando luego á ser la segunda ciudad del imperio romano; pero también esta prosperidad estaba destinada á ser efímera. Dejóse la población invadir por la manía de las disputas religiosas; y á partir del siglo XIII las bullangas y revueltas no cesaron un momento, á pesar de los sangrientos castigos de los emperadores. Cuando el cristianismo fué la religión oficial, el emperador Teodosio—no el califa Omar,—mandó destruir todos sus templos, estatuas y libros paganos.

Bajo los emperadores de Constantinopla, Alejandría no hizo más que ir decayendo; pero no sólo su importancia comercial era todavía considerable, sino que también poseía bastantes restos notables para que Amrú quedase maravillado.

Nunca los Arabes habían visto una ciudad tan geoméricamente hecha. Verdad es que no tenemos detalles exactos acerca de lo que era en esta época; pero como sabemos muy bien en qué estado se hallaba en el segundo siglo de nuestra era, aunque le hubiesen destruido los monumentos, y no es posible que le desbaratasen mucho el plano de la población, cabe decir que esta ocupaba entonces un rectángulo de 5,000 metros de largo por 1,800 de ancho, donde las calles se alineaban cortándose en ángulos rectos; habiendo una que dividía la ciudad en dos partes.

Entre los monumentos dignos de atención notábase un vasto arsenal, magníficos palacios, el templo de Neptuno, cuyas columnas ya divisaban de lejos los navegantes; el Timonium, donde Antonio, después de su derrota de Actium, quiso matarse; el Cesareum, donde se hospedó César, cuando sostuvo el sitio; dos obeliscos, y otros muchos edificios notables. A lo largo de los muelles se hallaba el Emporio, en que se vendía las mercancías llegadas de todos los puntos del mundo conocido; y el Museo, donde estaba la famosa biblioteca, entonces la mayor del orbe. En esta época de decadencia, no había allí más que sabios ocupados exclusivamente de taumaturgia, de gramática, de etimología y sutilezas religiosas. Sobre una colina, donde hoy se levanta la columna de Pompeyo, descollaba el Serapeum: templo de pilones macizos, y de colosales estatuas de granito.

Frente á Alejandría estaba la isla de Faros, en la cual se elevaba el renombrado faro de mármol blanco, cuyos destellos se percibían á

diez leguas dentro del mar, y del cual se hablaba como de una de las maravillas del mundo. Esta isla se unía á la tierra firme por una calzada de 1,200 metros.

Así que Alejandría estuvo en su poder, Amrú dejó en ella una guarnición, y después sacó sus tropas, y las envió á acampar en el interior de Egipto. Escogieron los soldados árabes una posición, á orillas del Nilo, donde Amrú había ya plantado su tienda, y construyeron cabañas interinas que en breve tiempo pasaron á ser casas para los soldados, y palacios para los generales. Esta aglomeración de construcciones hallábase destinada á ser la ciudad del Cairo, futura rival de la futura Bagdad. Pero al principio no recibió otro nombre que el de Fostatt (tienda de campaña), en razón de su origen.

Viendo Amrú las excelentes condiciones de esta posición, determinó levantar en ella su capital, la fortificó con murallas, y estableció allí su residencia; y desde entonces, á saber, durante doce siglos, la ciudad de Amrú ha continuado siendo la capital de Egipto.

La organización que Amrú dió al país que acababa de conquistar, demuestra que fué un hombre de mucha cordura. Trató á la población con una equidad que ésta no conocía desde largo tiempo; estableció tribunales regulares y permanentes, al mismo tiempo que salas de apelación; pero no permitió que juzgasen más que á los musulmanes; y si una de las partes era egipcia, las autoridades coftas tenían el derecho de intervenir. Respetó las leyes, los usos y creencias de los indígenas, y tan sólo prohibió el uso anual que existía de echar al Nilo una doncella viva, robada á sus padres, con objeto de impetrar de la divinidad del río una elevación suficiente de aguas en la época de las inundaciones. Reemplazóse á la doncella con un monigote de tierra llamado la novia; lo cual todavía hoy se practica en el día designado para la ceremonia. Este uso, que quizá data de sesenta siglos, es un indicio cierto de que en Egipto existieron los sacrificios humanos.

Lo mismo que Omar en Jerusalén, Amrú concedió á la religión cristiana la más benévola protección; y viendo que los coftos reclamaban un patriarca que ya antes habían tenido, se apresuró á concedérselo. Su tolerancia llegó al extremo de permitir que los cristianos construyesen iglesias en la misma ciudad musulmana que acababa de fundar.

Como los discípulos de Mahoma no tenían templos y el número de indígenas que abraza-

ban el islamismo cada día aumentaba, Amrú determinó construir una magnífica mezquita, semejante á la de la Meca. El célebre monumento que con este objeto edificó está todavía en pie, á pesar de la incuria de la administración egipcia, que lo deja caer en ruinas.

No se redujo Amrú á invadir el Bajo Egipto, sino que llevó sus armas hasta la Nubia, ó sea la antigua Etiopía de los Romanos; donde penetró á la cabeza de 20,000 hombres; pero esta expedición no tuvo más que carácter militar, sin que la completase una organización formal.

Los Arabes no estuvieron nunca sólidamente establecidos en Nubia, á la cual en lo sucesivo se redujeron á enviar cortas expediciones. Sin embargo los Nubios acabaron, como los Egipcios, por adoptar la lengua y religión de los Arabes. Habita hoy aquel país una población muy mezclada, en la cual se hallan todos los colores del cutis, desde el blanco puro, que parece corresponder á descendientes de los Arabes del Hedjaz, hasta el negro más perfecto. También hay en esta comarca tipos muy hermosos, habiendo yo tenido ocasión de fotografiar á algunos que son espléndidos; y entre los cuales destacan mujeres nubias, que se parecen mucho á las egipcias del tiempo de los Faraones.

También los Arabes invadieron varias veces la Abisinia, ó siquiera la parte de esta región que linda con el mar Rojo; pero su influencia ha sido aquí todavía menor que en la Nubia; y la población, que era cristiana desde el siglo IV, no ha cambiado de culto. Sin embargo la lengua árabe ha penetrado mucho en el país; y la población está muy mezclada.

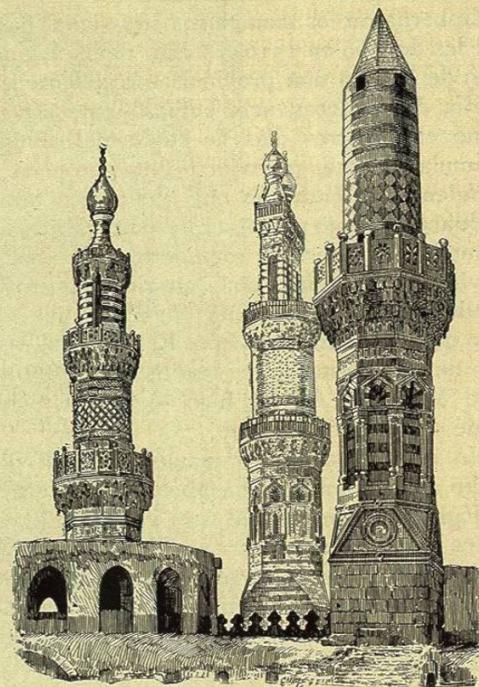
Desde la conquista de Egipto por los Arabes en 639, hasta su invasión por los Turcos en 1517, pasaron cerca de 900 años.

Nueve dinastías reinaron sucesivamente durante este período. Sometido primero el Egipto á los califas de Oriente (639-870 de J.-C.), los gobernadores se hacen independientes, fundando la dinastía de los Tulonidas (870-905); pero los califas de Bagdad no tardan en recobrar su influjo, bien que por poco tiempo (905-934). Después de gobernar el país la dinastía poco importante de los Ekchyditas (934-972), cayó en poder de los califas Fatimitas (972-1171), cuyo imperio abrazaba todo el norte de África, la Cerdeña, Sicilia, otras islas del Mediterráneo y Siria. Bajo esta dinastía cabalmente, Egipto llegó á la mayor prosperidad.

Los califas de Egipto acabaron, como los de Bagdad, víctimas del poder de la milicia que

con el nombre de mamelucos componía su guardia, y cuyo origen é historia son parecidos á los de la milicia de Bagdad; y en 1250 esos mamelucos llegaron á apoderarse definitivamente de la autoridad, fundando dinastías que duraron 267 años.

Dos son las dinastías mamelucas de origen diferente que han reinado en Egipto. La primera (1250-1381), llamada de los mamelucos



Parte superior de los minaretes de la mezquita de El-Azhar.
De fotografía sacada por el autor

turcomanos, se componía, como en Bagdad, de individuos de origen turco, hechos prisioneros de guerra en las comarcas del Cáucaso y del Caspio, y vendidos como esclavos. Como eran buenos mozos, vigorosos y aptísimos para formar á los califas una guardia escogida, los vistieron de trajes brillantes, y de magníficas armaduras, sobre las cuales se incrustaban unas insignias que inspiraron á los cruzados sus blasones; y así los mamelucos llegaron á ser una guardia de un aspecto imponente. Colmados de favores, sus jefes obtuvieron las primeras dignidades del Estado, hasta que se apoderaron del mismo califato.

La segunda dinastía de los mamelucos (1382-1516) viene designada en la historia con el nombre de mamelucos circasianos, por

ser procedentes de Circasia, y no formar parte de las naciones turcas de la alta Asia.

Los últimos sultanes mamelucos de origen turco habían esperado servirse de ellos como de contrapeso á la influencia de los turcomanos: elemento tan peligroso para quien reinaba como para la dinastía de sangre árabe. Pero el equilibrio no subsistió mucho tiempo, y el elemento circasiano preponderó luego, logrando apoderarse del gobierno del Estado.

Gobernaron los mamelucos circasianos hasta que les derribó en 1516 el sultán Selim I, quien hizo de Egipto una provincia turca. Entonces el día de la decadencia empezó para ésta, y como en nuestros días ha caído real, aunque disimuladamente, en poder de los europeos, la decadencia no ha hecho más que acrecentarse.

Cuando Egipto pasó á ser provincia turca, los mamelucos primero se sometieron. Pero luego volvieron á adquirir una autoridad positiva, siendo los adversarios más temibles que allí tuvo que combatir Napoleón. El país no se des hizo de ellos hasta que el terrible é inteligentísimo Mehemet Alí los hizo degollar á todos, desde el primero al último.

No se reclutaban los mamelucos sino por medio de la inmigración, pues como el clima de Egipto, que es mortal para los extranjeros, no les permitía tener descendencia, no había otro medio de perpetuarse que comprar esclavos en Circasia para completar las filas. Estaban sometidos á un número dado de beys, los cuales tenían un verdadero pundonor en formar sus tropas con los mejores mozos que se hallasen.

III

CIVILIZACIÓN DE LOS ÁRABES EN EGIPTO

Tiene la civilización árabe en Egipto el mismo origen que la de Siria y Bagdad, y se fundó con elementos tomados de los Bizantinos. Los primeros monumentos de los Arabes en Egipto revelan claramente este origen; y sólo los de épocas posteriores indican que los Arabes se sobrepusieron luego á toda influencia extranjera, de un modo completo.

El período culminante de la civilización árabe en Egipto, ó sea el de los Fatimitas, se caracteriza particularmente por el desarrollo de las artes y de todas las industrias que el cultivo de las artes hace progresar. No tardó el Cairo en ser rival de Bagdad; bien que esa rivalidad se manifestó mucho mejor en las producciones

artísticas, que en las científicas; pues la reputación de las escuelas del Cairo no igualó nunca á la de las universidades de Bagdad. Pero ya tendremos ocasión de ocuparnos más de este punto, así que describamos la parte intelectual de la civilización de que ahora no examinamos más que la parte material.

A favor de la fertilidad de Egipto, y á favor sobre todo de las relaciones comerciales de que hablaremos más adelante, las rentas de los califas llegaron á ser superiores á las de los de Bagdad. Empleábanlas ellos casi todas en cosas de lujo y en la construcción de palacios. Verdad es que en estos lejanos tiempos costaría poco levantar monumentos en el valle del Nilo, una vez que á principios del siglo actual un maestro albañil del Cairo ganaba 80 céntimos diarios, un peón 15, y la piedra llamada morrillos, no costaba más que un franco 20 el metro cúbico, inclusa la extracción y el acarreo.

El historiador árabe Makrizi nos cuenta—y sus afirmaciones están confirmadas por el estudio de los objetos de la época—que en tiempo de los Fatimitas (972-1171 de nuestra era) la industria y particularmente la orfebrería, el arte de fabricar los tejidos y todo lo concerniente al mueblaje y ornamentación habían llegado á ser perfectísimos. Las paredes de las casas estaban adornadas de azulejos esmaltados, ó de estuco pintado de colores brillantes, y decorado de arabescos, de cuyos adornos nos dan fácilmente una idea los que todavía podemos ver reproducidos en algunos palacios actuales. El suelo era de mosaico, ó estaba cubierto de inmensas alfombras bordadas; los muebles eran de madera preciosa con finas incrustaciones de nácar y marfil, y los destinados al descaño se cubrían con telas, donde figuraban varios animales tejidos en la trama, estando los almohadones forrados de telas de un rojo purpúreo deslumbrador.

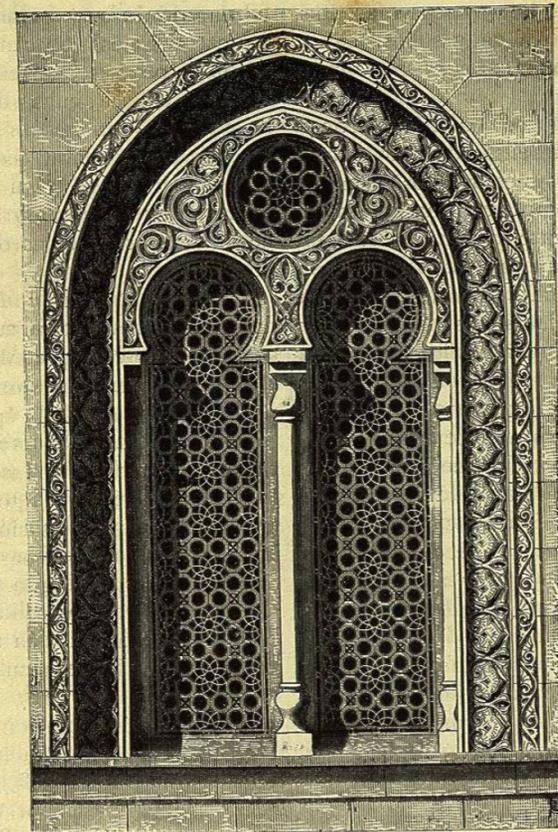
El arte de trabajar los metales llegó también á progresar mucho; y los jarrones, los jarros, las bandejas, las lámparas y otros mil objetos que todavía existen y de los cuales damos muchas muestras en esta obra, son la mejor demostración de aquel adelanto.

Los palacios de los califas eran magníficos, y la decoración de las antiguas mezquitas del Cairo que todavía subsisten, prueba que las descripciones de los autores nada tienen de exageradas.

Uno de los más antiguos palacios árabes de Egipto, de que las crónicas hacen mención, es

el que hizo construir en el año 271 de la hégira (884 de J.-C.), y por ende en una época anterior á los Fatimitas, Khumaruyah, hijo de Tulum. Estaba, según las descripciones árabes, rodeado de grandes jardines, cuyas flores dibujaban pasajes del Corán; y en los salones, resplandecientes de oro y azul, se veía estatuas

vestidas de ricas telas, representando al príncipe y á sus mujeres. Una linda casa de fieras contenía numerosos animales; entre una bella columnata de mármol se abría un estanque de 30 metros de ancho, lleno de mercurio que de día reflejaba la luz del sol, y de noche la de la luna y de las estrellas; y desde lo alto de un elegante



Ventana de la mezquita de Kalaum

mirador se descubría un magnífico panorama de los jardines del palacio, del Nilo y la campiña.

Demasiado breves son las descripciones de los autores árabes para darnos idea suficiente de lo que era un palacio árabe en Egipto mil años atrás. Pero cabe completar sus indicaciones con otra descripción que hizo el europeo Guillermo de Tiro, en su historia de las guerras de los príncipes cristianos en Palestina, tomándola del relato de unos embajadores enviados á la corte de un soberano egipcio.

«Como la casa de este príncipe, dice Guillermo de Tiro, es de una esplendidez muy particu-

lar, tan brillante, que en nuestro tiempo no se ha visto cosa igual, diremos aquí escrupulosamente, con los datos exactos de aquellas personas que han estado en casa de este gran príncipe, lo que hemos sabido acerca de su esplendor, de sus riquezas inconcebibles y de su magnificencia extraordinaria. Después de atravesar un gran número de patios y corredores, los embajadores hallaron unos pórticos que servían para los paseos de recreo; cuyos pórticos, sostenidos por columnas de mármol, tenían los techos dorados, estaban adornados de labores exquisitas, y poseían un enladrillado de diversos colores; de modo que cada objeto revelaba el esplendor real.